

Editorial

El olor a tierra mojada puede llegar a erizar el vello de los brazos. Es un olor singular, primario; un olor que se utiliza para describir a qué huelen otras cosas. Se trata de un aroma que nos reconecta con lo que fuimos, con lo que somos, y con lo que vamos a ser. Sin lugar a duda, la tierra mojada es mucho más que un conjunto de partículas inertes que manchan cuando las coges en las manos. Representa lo más esencial de nosotras mismas y nos transporta a la inconmensurabilidad de la vida. En la tierra empieza todo y también termina todo, aunque solo sea para volver a empezar. La tierra mojada es el origen, el motor del movimiento de la vida. De ella emerge esa vida y, con ella, todos sus misterios.

Del mismo modo, la ciencia puede ser tierra mojada. La ciencia busca acercarse a los misterios de la vida para entenderlos. Sin embargo, más allá de resolverlos, muchas veces hace emerger nuevos misterios. El descubrimiento del átomo iluminó enigmas nunca antes expuestos, igual que la presión sobre el sistema planetario reveló la existencia de interconexiones globales que nunca se estudiaron. La inconmensurabilidad de la ciencia se alimenta de la incomprensibilidad de un mundo que, por mucho que juguemos a descifrar, siempre nos sorprende con nuevos retos. Por eso la ciencia no es el destino. El mundo, y todo lo que sucede en él, es inconmensurable, y si esperamos a entenderlo por completo para avanzar, no haremos otra cosa que permanecer estáticas mientras la vida pasa por delante. Necesitamos una ciencia que actúe como motor del movimiento; una ciencia que sea origen, impulso y punto de partida en nuestra comprensión actual del mundo; una ciencia que se alimente de cada nuevo ciclo, discutiendo consigo misma en una conversación interminable que conecte pasado, presente y futuro. Necesitamos una ciencia que deje de actuar como si la realidad fuese única, como si todo aquello que conocemos en la actualidad fuese definitivo y como si las sociedades dependiesen de que la investigación avance para poder avanzar ellas. En otras palabras, necesitamos una ciencia que sea tierra mojada.

La revista T·I·A·S es un proyecto de ciencia y un proyecto de sociedad. A través de sus artículos, esta publicación viaja al origen de lo que debería ser la ciencia, evitando reproducir todo aquello en





que se convirtió hoy en día: elitismo (de la comunidad científica), despotismo (del conocimiento) y capitalismo (del sistema académico). Como señaló Sheila Jasanoff, la ciencia no se produce al margen de la sociedad, sino que está inscrita en su economía, su política y su cultura. Por tanto, debe pertenecer a la sociedad, del mismo modo que la sociedad debe ser el centro de la ciencia. Cualquier tipo de conocimiento necesita construirse entre todas, ya que el conocimiento está imbricado en la realidad humana y se emplea para la toma de decisiones. Entender las teorías físicas que hacen posible un panel fotovoltaico y conocer cuál sería su mejor ubicación técnica no quiere decir que su implantación vaya a tener sentido para una comunidad concreta, ni que se repartan de forma justa sus costes y sus beneficios, ni que no vayan a existir grupos interesados en acumular poder y beneficiarse de su puesta en marcha. De hecho, esa infraestructura podría resultar contraproducente y carecer de sentido social. Si el conocimiento está al servicio de la sociedad, la sociedad debe estar en el centro de la generación de conocimiento. T·I·A·S busca romper las ataduras de una ciencia que lleva décadas aislada de la realidad social, avanzando de forma imparable hacia un lugar que casi nadie se detiene a cuestionar.

Este número especial de la revista recoge siete relatos que inspiran, que ilusionan y que reconectan la ciencia con sus orígenes, convirtiéndola, de nuevo, en tierra mojada. Las historias de Juan, de Paca, de Hugo, de Lucía, de Ramón o de Cies van trazando un hilo común que atraviesa la innovación responsable después de Gaza, los cuidados que sostienen el corazón del Atlántico, el papel (muchas veces invisible) de las mujeres durante un incendio, la memoria rural que aún brota entre las cenizas, el valor de juntar saberes y compartir herramientas, la potencia crítica de la educación ambiental y la relación entre los caballos, el monte y los modos de habitar el territorio. Junto con el resto de los artículos que se incluyen en los tres primeros números de la revista, estos textos cuentan historias que se estudian desde la ciencia y que buscan iniciar un diálogo profundo y veraz en un tiempo caracterizado por la sobreinformación, la desinformación y la consecuente polarización social. Estas historias no son el final, sino el inicio de una conversa constructiva en la que te invitamos a participar y que, sin lugar a duda, busca hacer de nuestras vidas y de nuestras comunidades un lugar mejor.

Equipo

